

LA POESÍA

Jaime García Maffla

Departamento de Literatura. Universidad Javeriana

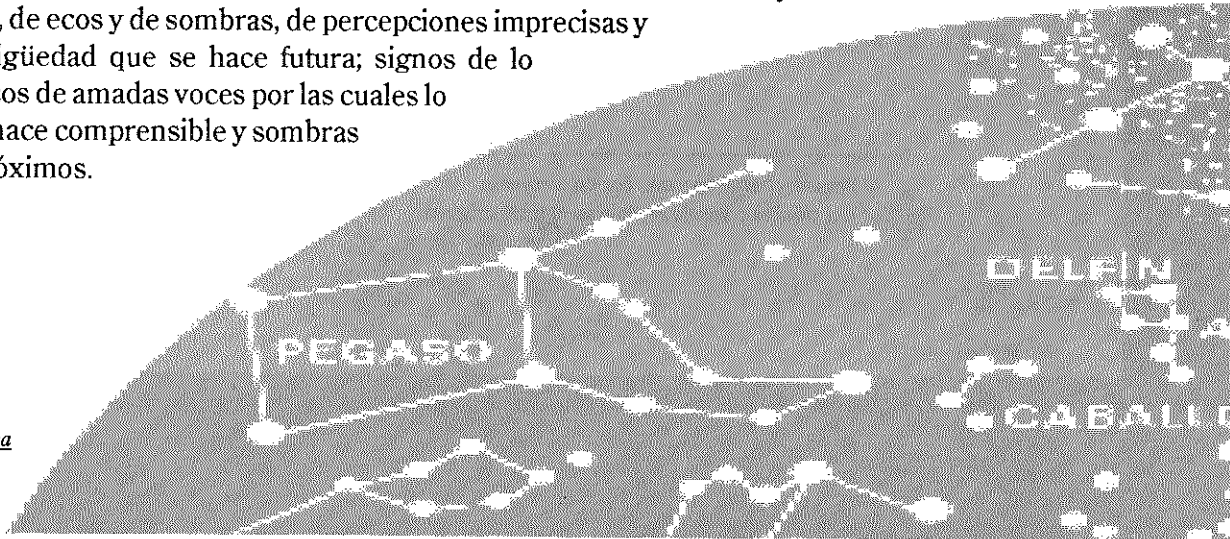
¿Qué es la poesía? ¿Cómo y cuándo el lenguaje del habla cotidiana se convierte en poético? ¿Por cuáles leyes una cierta organización de palabras llega a ser el poema? Preguntamos, en fin: ¿de qué manera vive la poesía, y dónde está la cifra de su misterio? Todo parece ilustración del afán del arquero que no acierta en el blanco.

Desde la antigüedad, el pensamiento se ha ocupado de la existencia de la poesía; ha preguntado por su ser y por su manera de ser, su presencia, su gravitación y su ausencia, su aliento y su hálito, su materia y secreto. Los hombres saben que algo hay llamado poesía, que los poemas están ante sus ojos, y tienen una vaga noción de lo poético. Están también la visión y el dominio de los sentimientos, están la evocación y la intuición... Pero, por su naturaleza, definir la poesía resulta imposible; tan sólo se puede indicar y rodear el fenómeno, llegar más lejos o más cerca de él, y acaso con palabras que más callan que dicen. Así, la forma verbal «es», adquiere un carácter descriptivo. Entonces, ya no se la define sino se la señala, se muestra su existencia y se invoca su luz.

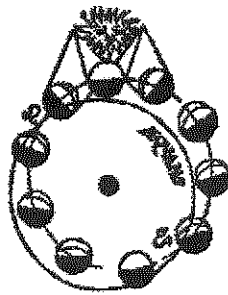
Dejamos consignado en el pórtico de esta meditación que la poesía está en relación con tres instancias primigenias del hombre: el canto, el rito y la oración. Lo poético toca las más profundas zonas del existir humano, su conciencia y su impulso a la vez trascendentes e immanentes, al lado de lo cual le hace posible entrever lo que no es visible, ser lo que esencialmente es, y al crearse lo crea.

La poesía es una sola, como el Ser, y como el Ser es de muchas maneras, según la idea clásica. Y en nuestro empeño, hermoso resulta acogernos a la vieja parábola del sendero, para decir que sólo caminamos, que sólo queremos transitar el milagro. Pero con éste, también ha de hablarse del sueño como de la soberanía de lo interior, o de lo interior en libertad, al que le es dado asociar las regiones más disímiles de lo real y transfigurar las cosas inmediatas. Están la evocación y el presagio, pero la serenidad de la lengua poética es espejo de una armonía más alta.

Para llegar a la poesía transitamos por un bosque de signos, de llamados y encuentros, de ecos y de sombras, de percepciones imprecisas y de una antigüedad que se hace futura; signos de lo invisible, ecos de amadas voces por las cuales lo extraño se hace comprensible y sombras de seres próximos.



En el principio hablamos de las palabras, del canto, de la oración y del poema, viendo en la poesía a la vez una dimensión y un ser que acompaña a los seres. Es una esencia que los hace, una cualidad que los define y un ser que les muestra el camino. Sólo que en la exposición del tema de la poesía no puede haber una sucesión, sino, al contrario, una superposición, un decir al unísono de lo que es y de lo que no es, así como de las figuras inmediatas del alma y de la vida. Existe la poesía como región del espíritu y del mundo, y como configuración verbal, una región que hunde su raíz en la inconsciencia y en lo ancestral, en el cielo y la sangre, en lo que sólo es presentido para horadarlo, hacerlo y expresarlo. En esto último está la dimensión pura del Ser. Existen, entrelazados, la poesía, lo poético y el poema, en lo que hemos de insistir. Y si en la inconsciencia está el manantial, en el mundo objetivo está la superficie de las aguas que fluyen. Está igualmente el sentimiento, que al unirse a la imaginación genera la creación poética: es el instante del nacimiento del poema. Por otra parte, hay objetos mentales y objetos que ofrece el mundo físico, unos para prefigurar y otros para hacer posibles las imágenes inéditas, en relación impar entre el espíritu, el mundo y la emoción. Hemos de hacer la diferencia entre el sentimiento y la emoción: aquél se da en respuesta al mundo, y éste es una línea de tensión independiente del discurrir del mundo. Y no hemos de hablar de lo real y lo irreal como lo diferente, sino del yo y del mundo, pues lo llamado irreal puede tener tanto o más existencia que lo presente, sensorial e inmediato. Son el sujeto y los objetos, o el alma y las cosas, sólo que puestos en la esfera de



los movimientos de la interioridad, de la percepción subjetiva del tiempo y de la vida, o, si se quiere, de la temporalidad y de la muerte. Es la vida efectiva y afectiva, y no una entidad abstracta, lo que se pone en movimiento al hablar de la poesía, de donde viene su relación con la oración y el rito.

Todo, no obstante, conduce hacia el poema, todo lleva a la obra, pues es en vano hablar de lo poético si no se desciende al estrato de la configuración verbal, si no se llega a enunciar, finalmente, que la poesía es arte del lenguaje. La poesía vive entre las palabras, las regresa a su origen y las devuelve al reino de las cosas para que en ellas se convoquen voces distintas que multipliquen los significados. En el poema, cada elocución y la palabra aislada tienen sentidos a la vez fijos e indeterminados, cercados e infinitos, que vienen de lo misterioso y apuntan al misterio. Hemos de afirmar que poesía es revelación por el lenguaje.

En el reino de lo poético, al mismo tiempo se es y no se es, de manera que a un signo le es dado cambiarse en su contrario, por el mismo camino que los contrarios llegan a conciliarse. Se trata, en la misma dirección, de la incorporación del no-ser a lo que hay como de la ausencia a la presencia, con lo cual lo poetizado, así sea banal, se convierte en vía para sobrepasar el estrato de lo solo exterior. En su consecuencia última, la poesía es forma privilegiada de trascendencia, al vivir en lo uno y también en lo otro, en nuestro aquí y en el más allá. Con este atributo se convierte en quintaesencia de las cosas que existen, al espiritualizar las figuras inmediatas del mundo. Aquí hay que decir que es en el poema donde aparecen las nociones del viaje interior, de la evasión y la aventura, una aventura que, como se ha dicho, es hacia lo Absoluto.

La poesía habla del hombre, con el hombre, para el hombre y por el hombre. Su cifra es lo humano en cuanto aspiración y voluntad de ser. Suma de la experiencia y de lo inalcanzable, es lo que el hombre es y lo que ha sido, pero también aquello que no ha sido ni es. En

cuanto a esto último, la experiencia poética está hecha de aspiración y de nostalgia, mira a un punto impreciso en lo pasado y en lo porvenir, actualizándolos en un presente que está fuera del tiempo y que no obstante es físico.

Un segundo paso es de la existencia de la poesía a la experiencia poética; la primera en cuanto presencia, y la segunda como su cumplimiento. La experiencia poética es revelación, para el hombre de sí mismo y para el mundo de su condición auténtica, hecha de lazos secretos, de momentos indecibles y de regiones inmateriales que, sin embargo, el corazón evoca. No se invoca ya el misterio sino se lo quiere penetrar, gracias a otro misterio no anterior a nosotros sino nacido con nosotros, y cuya claridad buscamos en el misterio de la poesía.

Es la experiencia poética, así mismo, prisma único del sueño, con lo que éste tiene de intuición, y senda por la que la vigilia inaugura la aventura soberana del existir, con lo que cada instante vivido en ella se carga de sentido. Hay que aludir aquí a la gratuidad de la vida que solamente es vida. Es conciencia suprema y elación suprema, lo mismo que parábola de la acogida y del exilio, o del abrigo y del desamparo; se da en la experiencia poética, decimos, la percepción de algo interior y algo exterior que gravitan al unísono, o en otro giro, se está dentro y fuera del mundo: es el adentro de la realidad del Ser, y el afuera de nuestra relación con las cosas.

Están el aislamiento y soledad últimas del espíritu y de las palabras, que es aislamiento del decir y del callar, algo que alienta en el germen y en el fruto de la creación poética. En un principio existe el mundo, luego la propia conciencia y finalmente la ensoñación, pero todo ha de darse en el horizonte de la apropiación por el lenguaje, en la cual se conquista una dimensión mágica. Verdad final del espíritu, la poesía poesía es vacío y plenitud: vacío en la entrega y plenitud en el desasimiento.

Existe, entonces una sucesión de estratos, enunciable así: la poesía, lo poético y el poema, grados de una misma materia, y estratos que a la vez aproximan la poesía al corazón humano como la hacen brotar de su entraña, también escala que lleva la poesía del corazón humano a lo infinito o, a la inversa, hace descender lo infinito al corazón del hombre. Es su relación con el orar, un sistema de espiritualización, un vuelo hacia lo ilimitado e indeterminado, pero igualmente una experiencia límite. Esos estratos se dan en forma simultánea, y no se puede hablar del uno sin aludir al otro, aún se ha de explicar el uno por el otro.

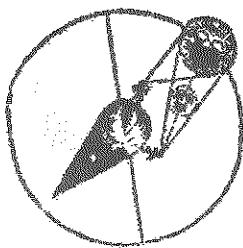
La lengua poética es vibración al unísono de sonido y sentido. El sonido es el sentido en cuanto en él está depositado un temple de ánimo, siendo en el ritmo donde se cifra la actitud de los seres ante el mundo. No obstante, el ritmo no despoja de su significado original a las palabras, no las aparta de su estrato lógico, siendo en ese estrato donde aparece la función de la imagen, aparte de decir que en el poema hay también pensamiento, aquella y éste su segundo soporte. Es por lo anterior todo que un poema no se aborda desde el ángulo de la comprensión, pues lo silencioso habla por signos no convencionales y

es esencial a la lengua poética.

La creación poética es ritual, figura de la más íntima separación del alma humana, signo de lo indecible y emblema de lo intransferible. Puede afirmarse que la poesía es la misma experiencia poética, como la aspiración hacia lo trascendente está hecha de una evocación imprecisa.

La poesía vive en las palabras, les da figura y las transfigura, las abre a su ser más auténtico al desligarlas del nivel del uso y transmuta su significación llevándolas a decir y nombrar aquello que no se da en forma inmediata ni objetiva. No hace que pierdan su asidero en lo objetivo, que es, al cabo, fuente de la escritura, sino que carga de tensión subjetiva a eso objetivo, aproximándolo a lo que no es, ha dejado de ser o es de otro modo. En una línea de tonos imprecisos, el sonido y el sentido, con el silencio de la pausa y lo blanco, se hacen uno, como lo cercano y lo lejano y la luz y la sombra, al hacerse uno la emoción y el nombrar. En la lengua del poema cobra figura la ensoñación, que en su nacimiento es vacía de objetos, y en ella se hace verificable el sentir de la vida, que incluye el sentimiento del tiempo.

La poesía transfigura a la vez al lenguaje y al mundo, a las palabras y al Ser, gracias a la emoción; es ésta una forma de intensidad y de tensión, de transparencia y acuidad en la relación con el mundo y en la manera de percibirlo. La emoción es mirada pero también padecimiento; es elevación espiritual y visión no determinados por lo inmediato tangible, aunque eso inmediato haga



posible su cauce en la dicción. Poesía es contacto con lo celeste, que redunda a la vez en elevación y en caída, en una iniciación y en un término.

Se habla de la lengua, del verboy de las construcciones de los poetas como de la oración, que invoca y convoca, actualiza y trasciende. Como fenómeno mental, al pronunciarse el mundo, éste es devuelto a su origen. También en el verso está el sentido de la letanía.

En otro giro, la cuestión se plantea preguntando no ya qué es sino qué nos entrega la poesía. Al intentar acercarnos a su ser, nos acercamos a aquello que nos da; al tocar su secreto, recibimos su don. Senda hacia lo absoluto y al misterio, el manantial de la poetización está depositado en lo más íntimo del existir individual y en lo más interior del sujeto poético, cercado a la vez por lo cotidiano y los cósmico. Apuntemos aquí que el lenguaje existe para que se haga de él un uso pero, más propiamente, para que se lo diga, en un decir que convoca el espíritu de lo sagrado y ancestral. Es la lengua poética que pone en contacto las palabras, no para servir de puente a dos momentos de lo real, sino para ser realidad en sí misma, para y por sí misma, dejando en libertad sus acepciones y sus fuerzas internas.

El primer don de lo poético es el cumplimiento de la aspiración, en un movimiento que puede calificarse como de sacralización de lo habitual. La poesía habla el lenguaje de las cosas, pero también éstas reciben su llamado, también ellas están hechas de lo que la palabra es.

Al preguntar por la poesía preguntamos por nuestro propio ser, por el término del impulso trascendente y por la condición de las cosas que viven, por las leyes de su destino y la razón de la conciencia de los seres, diciendo que la palabra poética tiene que ver con lo telúrico.

Las palabras están en nuestros labios, pero sabemos que son anteriores a nosotros, y creación de un ente universal. La poesía las dice y nos las dice, pero también nos nombra y al hacerlo nos pone en contacto con el nacimiento del lenguaje.

Además, por un instante el espíritu se instala en una edad que está fuera del tiempo, y en el movi-

miento de percibirlo se recuerda a sí mismo; así, la soledad del interior humano, que es esa percepción pura, halla ya no su eco sino su voz en la lengua poética. Y la lengua poética es la esencia de la lengua.

Se regresará siempre a la pregunta: ¿De qué manera vive la poesía? Como el fuego del mito, es iluminación del interior humano, revelación del alma de las cosas, aun de las leyes de la naturaleza. Y regresamos al comienzo creyendo que no es al pensamiento sino a la intuición a la que le es dado acercarse y rozar el misterio.

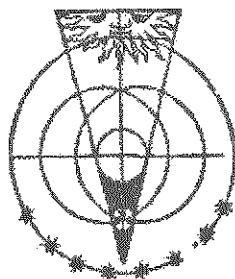
Intuir es ver. Entonces, no es la poesía creación para ser comprendida, tampoco para ser descifrada o llevada a un estrato lógico, sino para ser señalada, seguida y asumida, aun apropiada, en una línea única de tensión espiritual, afectiva y mental; una porción del Ser que indica la verdad y materia de nuestro propio ser, de cara al azar y a lo invisible.

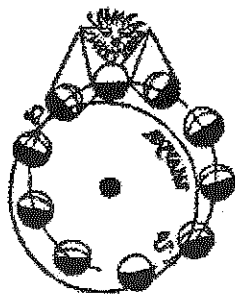
Y si la poesía tiene que ver con las palabras, también tiene que ver con el silencio. Lo silencioso no es sólo lo no dicho sino aquello que no puede decirse, es lo inefable, lo sin habla, lo que no cabe en el estrato material del lenguaje y por cuya virtud éste ha de ser transfigurado. Existe, pues, la región de lo sin habla, que se hace reclamo al suceso de hablar, para que sea auténtico. Es la esfera superior, que no ha de llegar a la articulación verbal sino se guarda en la indeterminación secreta y transparente vibración del espíritu, lo indecible que, sin embargo, confiere dimensión y resonancia peculiares a lo dicho. En el ritual de la poesía, lo que es resulta verdaderamente pronunciado y situado.

Y a lo poético se llega por el pasaje de una estación subjetiva, hecha de amor y soledad, que reclama la auténtica y gratuita condición del existir de todo ente, así como la presencia efectiva y límite de esa conjunción que hacen el Ser y la nada, la vida y la muerte, por la cual invocamos «lo otro». Es la gravitación de todo lo anterior a nosotros, y la de aquello que nos sobrepasa.

Tanto como expresión y plasmación, la poesía es quintaesencia de los seres del mundo, síntesis y transfiguración de la experiencia, o suma y emblema del existir aislado, confluencia de esencias como depositaria del deseo sin objeto o del alma que está vuelta sobre sí misma.

Por labios de la poesía habla el mundo, pero también por ellos recibe su razón y sus leyes, siendo la más antigua sabiduría el canto, el rezo y el nombrar. La percepción del tiempo se traduce en la música de las palabras, como la provisio-





nalidad de la vida se traduce en imágenes, las sensaciones en formas verbales y la conciencia toda en la existencia del poema.

Los hombres saben que los poemas, las oraciones y las fórmulas rituales están allí, no al alcance de sus manos sino salidas de sus manos, en la superación de un estadio primitivo, y que fueron creados -en la penetración inconsciente- como intermediarios entre ellos y la divinidad o entre lo inmanente y lo trascendente. En el caso de lo poético, se trata de un estadio del espíritu que deviene en semilla y en fruto como unidos, anhelo y posesión, sueño y vigilia, como la admiración de ser y la fascinación de no ser, para una plenitud de lo humano. El poema indica lo poético y lo poético cumple la poesía.

Poesía es espíritu en figuras. El poema refiere ese espíritu, le da cauce en episodios de entrega interior y elevación que devuelven al lenguaje su relación con el alma del mundo. En cuanto al estrato de lo cotidiano, nunca ausente, fugacidad y permanencia se concilian, se identifican en la lengua del poema que recoge, también en conciliación, ideal y desesperanza. La palabra poética cumple su plenitud en el silencio.

La poesía guarda la cifra pero es indescifrable. Hemos de reiterar: no ya qué es, sino que nos da la poesía, pues su regalo ha de darnos su ser. Por de pronto, hemos de situar su don en una explicación simbólica del destino y en una realización del hecho a solas de existir, en la compañía y comprensión de los seres que viven y que han muerto, todo en el diálogo con lo intemporal. Ese don va a la entraña del corazón humano, donde alguien es lo que en verdad es sin determinaciones de la situación. Manantial del latir del corazón que se aboca a la dimensión del tiempo y cauce que hace transparentes, como las piedras en el lecho de aguas cristalinas, las formas inmediatas del mundo y del yo, así el poema refiera un suceso trivial. Los poemas dicen lo que ha sucedido, pero el poema es una parábola del suceder mismo, haciendo eternos o ilimitados el aquí y el ahora.

Es la función configuradora de la lírica. Si el lenguaje alcanza su cualidad más alta en la poesía, hay que tener en cuenta que es creación del espíritu y es a ésta al que lleva a su punto de

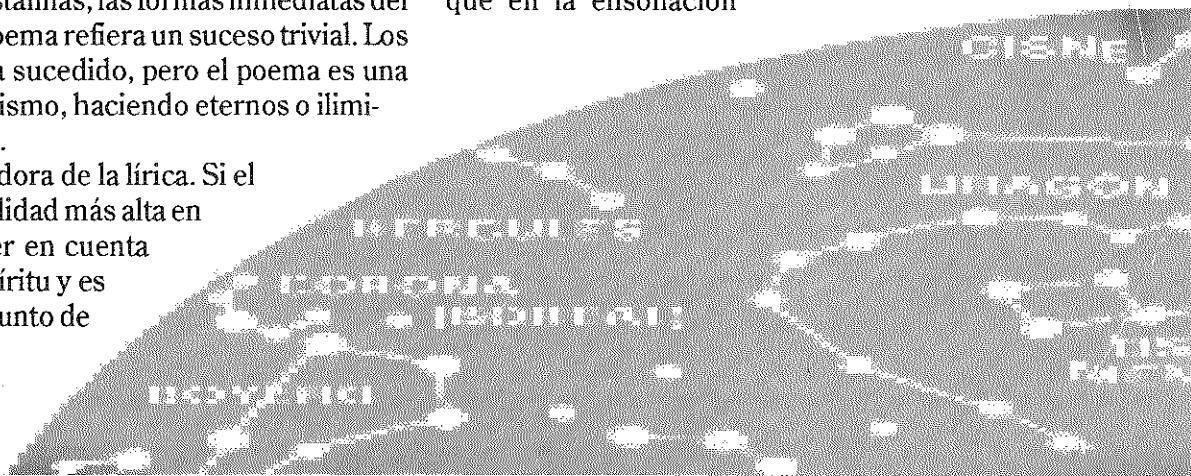
altura, así en lo inmediato pueda ser dado en el hundimiento. Esto es entrar en la personalidad poética, que sale de los límites de nuestra meditación. En cuanto a esto, al corazón humano, si es vía para decirse, también lo es para reconocerse y aun crearse. Por igual ley, la experiencia poética es instante de encuentro con lo ausente, unión del más acá y del más allá para el nacimiento de un nuevo ente en la naturaleza: el poema.

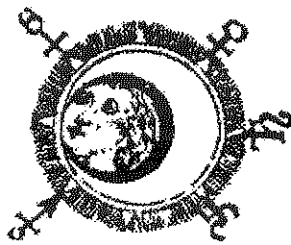
Si en las formas y figuras sencillas, asibles y claras de la vida están las más altas y claras opciones de lo poético, en la mayor complicación mental del sujeto poético se ha de dar la expresión más objetiva. No hablamos del poeta sino de la inteligencia poetizadora. Y los poetas hablan en nombre de los hombres, su cualidad no es la visión sino el talento de la expresión.

Las palabras muestran al hombre lo que es y lo que él es; le iluminan la vía que transita y le entregan la fórmula para hacerse a sí mismo en la medida de su sueño. La palabra poética es lo humano como la poesía el hombre en relación con la sacralidad. No importa que nombre las zonas bajas del vivir, pues por ellas se remonta más auténticamente a lo eterno. Lo uno y lo otro es la poesía como conjuro.

En la poetización confluyen las aguas todas, subterráneas y visibles, de la realidad tangible, de los seres, los sitios y encuentros, del deseo y su objeto como del reconocer y el ignorar. Ella es un fluir del Ser que se convierte en forma de conocimiento, no por el pensar sino por la comunión con lo que existe. La poesía sufre el ser y asiste a lo que lo hace, por lo que el hombre busca la lengua del poema.

Pero si algo resulta invariable es que la fuente y norte de lo poético están en la emoción, de la misma manera que en la ensoñación





vive la leyenda. En la lengua poética se alientan el mito, la razón y las fábulas como forma primera del hombre para reconocer lo que es. En ellas se hace a sí mismo ante lo extraño y se crea un hogar. En las palabras el hombre aísla lo eterno de la naturaleza y lo intemporal de la experiencia.

Como la poesía existe, existe la palabra poética y esa obra de arte que es el poema. En este último se sitúan el ritual y el conjuro de la interiorización como indeterminada, que se lanza en busca del mundo y se hace a sí misma. Entonces aparecen las palabras, sin contar con la noción o percepción de la poesía, para tender un cerco de comprensión e interpretación a lo vivido. Todo poema es una fórmula mágica, y las palabras, al nombrar a los entes cotidianos señalan hacia lo intemporal, o en un mismo enunciado al cielo y al abismo.

La poesía está aquí, presente y viva, por obra de los poetas pero antes de las palabras. Hay, se ha dicho, un adentro y un afuera, igual a la relación entre la poesía o lo poético y lo interior. Si la poesía es unión entre el alma y el mundo, también es exclusión del mundo, pues sólo salvado el estrato del comercio directo con éste puede ser elevado el sentir a otra figura de lo real presente o táctil, de la misma manera que nos hace ser otro, un «otro» que al cabo resulta ser lo que más fielmente somos.

Como lo divino, la poesía es ubicua; es la fracción y el todo, el esto y el aquello, lo esencial y lo inesencial como lo más trivial puede llegar a ser lo eterno, pero más intensamente lo que es y no es, que puede ser más real, o lo que está y no está, como lo invisible y lo visible. Son el lado oculto y el lado aparente de las cosas. hay un «otro lado» por el cual la poesía llama a lo vivo de otro modo y

trae consigo el viaje, la aventura y el descubrimiento. En ella lo silencioso llama con mayor fuerza que las voces. Cada palabra del poema es plasmación de un momento del espíritu, cuando en la poesía alienta lo que no es con más verdad que aquello que se muestra o lo que está delante de los ojos. Podemos afirmar que la poesía es lo que no existe, y que por ello es más verdadero y actual.

Y en la poesía el lenguaje llega a ser aquello para lo cual fue creado como nombre del ser en el decir de un evento cualquiera, no en la comunicación sino en la comunión de los seres. Es lo que se conoce, por la nostalgia de un origen, como la capacidad de evocación de la palabra poética. Con ella entra también en escena esa nostalgia, como instancia última de la experiencia personal del mundo.

No son los objetos del mundo sino los entes de la ensoñación los que confieren sentido a las palabras, en unión de lo uno con lo otro, por la que la relación entre la poesía y lo mágico está la compañía profunda de la vida. Por las palabras del poema pasan el sentimiento de existir y la imposibilidad de ser del hombre, su luz y oscuridad ancestrales, con las cuales la creación poética se une al conjuro.

La poesía es la misma alma del hombre, que es a la vez en disidencia y armonía con el mundo, y que lo hace para hacerse y vivir. Si en el poema alcanza el lenguaje la dimensión del Ser, en la poesía consigue el hombre la medida de lo que es, ello de cara a lo infinito y a lo que pueda llamarse absoluto.

Como existen los sueños, la poesía existe. Y la mente poética se reconoce en la atmósfera del sueño, que es incomunicable y sin embargo decible, y sirve de explicación y compañía de los sucesos. En la poesía vive el tiempo, y por ello es razón de la vigilia. Si en cuanto zona del mundo la poesía habla al hombre de otro mundo y otras formas del mundo, como región del espíritu habla de la soberanía interior, que hace del mundo lo que el espíritu quiere que sea, para hacerse y entrar en contacto con la vida.